Louis Agassiz fue un profesor de la Universidad de Harvard y fundador del Museo de Anatomía Comparada de Harvard. El siguiente relato fue escrito por uno de sus estudiantes, Samuel H. Scudder, bajo el título de «Agassiz y el Pez, por el Estudiante» (*American Poems*, 3era ed. [Boston: Houghton, Osgood & Co., 1879], pp. 450-54).

**Agassiz y el Pez**
por el Estudiante

Hace más de quince años entré al laboratorio del profesor Agassiz, y le dije que me había inscrito en la facultad de ciencias como estudiante de Historia Natural. Él me hizo algunas preguntas respecto al objeto de mi visita, mis antecedentes en general, el modo en el que me proponía usar el conocimiento que pudiera adquirir, y finalmente si quería estudiar alguna rama en específico. A lo último respondí que aunque deseaba tener una base sólida en todas las áreas de la zoología, me dedicaría especialmente a los insectos. 

 «¿Cuándo deseas comenzar?» preguntó.

«Ahora» le respondí.

Esto pareció agradarle y con un enérgico «muy bien», tomó de la estantería un enorme frasco de especímenes en alcohol amarillo.

«Ten este pez» dijo, «y obsérvalo; le llamamos un Haemulon; dentro de un rato te preguntaré lo que has visto».

Habiendo dicho esto, me dejó… Quedé con un sentimiento de decepción, el observar un pez no era tarea de un apasionado entomólogo...

En diez minutos había visto todo lo que podía verse de ese pez, y comencé a buscar al profesor, quien había salido del museo; cuando regresé, después de haberme distraído con los raros animales del departamento superior, encontré que mi espécimen se había secado. Eché algo del líquido sobre el pez como resucitándolo de un desmayo, y miré con ansiedad el regreso de un aspecto normal y húmedo. Pasado este pequeño incidente, no tenía otra cosa que hacer que volver a observar detenidamente a mi mudo compañero. Pasó media hora, una hora, otra hora; el pez empezaba a verse repugnante. Lo volteé de un lado a otro; miré su cara—asquerosa; desde atrás, por debajo, por arriba, de costado, a un panorama de tres cuartos—igual de asqueroso. Estaba desesperado y pronto decidí que era hora de almorzar; así que con un alivio infinito, coloqué al pez cuidadosamente en el frasco, y por una hora fui libre.

Al regresar, me enteré que el Profesor Agassiz había estado en el museo, pero había salido y no regresaría por varias horas. Mis compañeros estaban muy ocupados como para conversar. Lentamente me acerqué a ese repulsivo pez, y con un sentimiento de desesperación lo observé nuevamente, no podía usar ningún cristal de aumento, los instrumentos de todo tipo estaban prohibidos. Mis dos manos, mis dos ojos, y el pez; parecía un campo de lo más limitado. Metí mis dedos por su garganta para ver que tan afilados eran sus dientes. Empecé a contar las escamas en las diferentes filas hasta que me convencí de que era algo absurdo. Por fin se me ocurrió una agradable idea—dibujaría al pez; y con sorpresa comencé a descubrir nuevos rasgos en la criatura. Al instante el profesor regresó.

«Eso es correcto», dijo, «el lápiz es uno de los mejores ojos. Me alegra observar que también conservas a tu espécimen mojado y el frasco cerrado».

Con estas alentadoras palabras añadió—

«Bien, ¿cómo es?»

Él escuchó atentamente mi breve ensayo sobre la estructura de las partes del pez cuyos nombres aún eran desconocidos para mí; los arcos branquiales y el opérculo móvil; los poros de la cabeza, labios carnosos, ojos sin párpados; la línea lateral, las aletas espinosas y la cola bifurcada; el cuerpo comprimido y arqueado. Cuando terminé, aguardó como si esperara más, y luego, con un aire de decepción:

El Tomate, Haemulon Aurolineatum. Ilustración por Diana Rome Peebles, 1998. Cortesía de Florida Fish and Wildlife Conservation Commission, División de Pesca Marina.

«No has observado cuidadosamente», prosiguió, «no has visto uno de los rasgos más sobresalientes del animal, y está tan claro ante ti como el pez mismo. ¡Vuelve a mirar, mira más!» Y con eso me dejó a mi miseria.

Estaba herido; mortificado. ¿Tenía que seguir estudiando a ese miserable pez? Pero ahora me entregué a la tarea, y descubrí una cosa nueva tras otra, hasta que entendí lo justa que había sido la crítica del profesor. La tarde pasó rápidamente, y cuando llegaba a su fin, el profesor inquirió,

«¿Todavía no lo ves?»

«No», le respondí. «Estoy seguro de que no, pero ahora me doy cuenta de lo poco que había visto antes».

«Eso está muy bien» dijo él, «pero no quiero escuchar más por ahora, guarda tu pez y regresa a casa; quizás tendrás una mejor respuesta mañana. Hablaremos antes de que mires el pez».

Esto era desconcertante; no sólo debía pensar en mi pez toda la noche, estudiarlo sin poder verlo para encontrar su rasgo más visible pero desconocido, y además, sin poder repasar mis nuevos hallazgos, tendría que dar una exacta explicación sobre ellos al día siguiente. Tenía mala memoria; así que caminé a casa por el río Charles distraído por estos dos problemas.

El cordial saludo del profesor a la mañana siguiente fue reconfortante; aquí estaba un hombre que parecía estar tan ansioso como yo de que yo pudiera ver por mí mismo lo que él había visto.

«¿Quiere quizá decir», pregunté, «que el pez tiene lados simétricos con órganos en pares?»

Su completamente satisfecho, «¡Por supuesto, por supuesto!» compensó las horas de desvelo la noche anterior. Después de que hablara alegre y entusiastamente—como siempre lo hacía—sobre la importancia de este hecho, me atreví a preguntarle qué debía hacer ahora

«Oh, ¡continúa observando a tu pez!» dijo, y se fue dejándome a mis propios recursos. Pasado un poco más de una hora regresó y escuchó mi nuevo catálogo.

«¡Eso es bueno, eso es bueno!» repitió, «pero eso no es todo; continúa», Y durante tres largos días, colocó a ese pez frente a mis ojos, prohibiéndome mirar otra cosa y usar cualquier ayuda artificial. «Mira, mira, mira», era su repetido encargo.

Esta fue la mejor lección entomológica que he recibido—una lección cuya influencia se extendió a los detalles de cada estudio subsecuente; un legado que el profesor me dejó, como lo hizo con muchos otros, de un valor inestimable, que no podíamos comprar, del cual no nos podemos separar…

El cuarto día, un segundo pez del mismo grupo fue puesto al lado del primero, y se me pidió que señalará las semejanzas y diferencias entre ellos dos; uno seguido de otro, hasta que toda la familia estaba frente a mí, y todo un grupo de frascos cubrió la mesa y los estantes circundantes; el olor se había convertido en un agradable perfume; y aún ahora, ¡el sólo ver un corcho de quince centímetros viejo y carcomido me trae fragantes recuerdos!

Todo el grupo de Haemulones fue puesto en revisión, y ya sea, disecando órganos internos, preparando y examinado la estructura ósea, o describiendo las distintas partes, el entrenamiento de Agassiz en el método de observar los datos y su ordenado arreglo ordenado, siempre era acompañado por la urgente exhortación de no estar conforme solo con eso.

«Los datos son cosas estúpidas», diría él, «hasta que se aplican a una ley general».

Al final de los ocho meses, casi con un poco de tristeza dejé a estos amigos acuáticos y empecé a trabajar con insectos; pero lo que gané mediante esta experiencia ha sido más valioso que años de otras investigaciones de mi especialidad.